

arca de Noé se elevaba más y más á medida que crecían las aguas del diluvio, de igual manera las almas pacientes y resignadas se elevan en perfección á medida que las aguas de las tribulaciones suben y son más impetuosas.

En cuanto á la utilidad de las cruces para obtener la eterna salud, no hay cosa más clara; pues soportarlas humilde y pacientemente por amor de Dios, tiénese siempre como la señal más cierta de la elección divina para el cielo. «*El Señor—dijo San Pablo—castiga al que ama, y al que recibe por hijo suyo le azota* (1).» Luego el que no reciba con paciencia los sufrimientos, se halla exceptuado del número de los hijos de Dios (2).

EQUIDAD.—Por último, es motivo poderosísimo para sufrir con paciencia, *la equidad* que entrañan las tribulaciones. ¿Somos pecadores? Luego la tribulación, sea ella la que quiera, es justísima pena debida por nuestros pecados. ¿Quién será osado á decir padezco injustamente, porque jamás hubo en mí culpa? Todos, pues, caminando en verdad, podemos y debemos decir, con los tres jóvenes del horno de Babilonia: «*Señor, en verdad y en justicia nos mandas estas penas por nuestros pecados* (3).»

Concluyo, amados míos, diciéndoos con San Agustín: «Si amamos á Dios, hemos de amar lo que hace Dios. Pero si amamos lo que hace Dios, forzoso es que amemos el azote de Dios castigándonos ó probándonos (4).» Una de dos: ó decir que las cruces de esta vida no vienen del Señor, ó amarlas tales como sean, como venidas de su mano bendita. Lo primero es una impiedad; luego las cruces han de ser amadas y aun agradecidas, como rasgos amorosos de la Providencia de Dios para con nosotros.

Tales son los principales motivos que tenemos los cristianos para sufrir las cruces con paciencia, siendo lo mejor abrazarlas con regocijo, á semejanza de muchas almas generosas, que amando tiernamente á Jesús, nada hallan más agradable ni más dulce que padecer por su amor, como El padeció por el nuestro.

Pidamos al Señor esta gracia de lo íntimo del corazón, y de esta manera haciéndonos semejantes á Jesús, El derramará sobre nos-

(1) Quem diligit Dominus, castigat, flagellat autem omnem filium quem recepit. (Hebr., XII, 6.)

(2) Si exceptus es a numero fidelium. (S. August., Lib. de Pastor.)

(3) In veritate et iudicio induxisti omnia haec propter peccata nostra. (Dan., III, 28.)

(4) Si Deum diligis, quod facit Deus, diligis. Et si quod facit Deus diligis, disciplinam Dei flagellantem te diligis. (S. August., Serm. De visit. infirm.)

otros el dulce rocío de los divinos consuelos, y nuestras cruces, de suyo penosas, se tornarán en suaves delicias, como premio anticipado á los eternos deleites de la patria celestial. Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo V después de Pentecostés.

#### De la oración (1).



**A**MADOS hermanos míos: El Principe de los Apóstoles, después de haber dado á las personas inferiores las instrucciones convenientes para no faltar en nada á las superiores, y á los casados las relativas á sus reciprocas obligaciones, extiende su palabra á todos los cristianos y les determina las principales virtudes para la vida social que necesariamente hemos de tener los unos con los otros. Dice así:

«*Hermanos: Estad todos unánimes en la oración; compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes. No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición; sino por el contrario, bendiciendo á los que os maldicen; pues para esto habéis sido llamados, para que poseáis la bendición por herencia. Porque el que quiere amar la vida, y ver los días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño.*» (I Petr., 8 á 10.)

Brevísimas, carísimos hermanos, son las palabras de San Pedro que acabáis de oír; pero ¡cuánta enseñanza encierran! No es posible detenernos en cada una de las virtudes que en ellas se enumeran, pues son tantas y tales, que merecen un año entero de predicación, y, por lo mismo, habré de ceñirme tan sólo á la primera, ó sea á *la oración*, para lo cual me propongo declararos dos cosas:

1.<sup>a</sup> La naturaleza y excelencia de la oración.

2.<sup>a</sup> Algunas condiciones para hacerla bien.

(1) Véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo IV, desde el capítulo IX al XXI.

## PUNTO 1.º

## NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA ORACIÓN

Ante todo conviene saber qué cosa sea la oración. Orar—dijo San Juan Damasceno—es «*levantar la mente hacia Dios* (1)». Por consiguiente, siempre que una persona eleva su espíritu al Señor y comunica con El los asuntos de su vida, con reverencia y familiaridad, como suele hacerlo un amigo con otro en quien confía, dícese con verdad que ora. Púedese hacer esto con palabras, y será oración *vocal*; pero también puede hacerse sólo con la mente, y en ese caso será *mental*. Dios entiende de una y de otra manera, porque penetra los corazones de los hombres, y muchas veces los deseos interiores son como si se dieran grandes voces al Señor. Lo esencial es que el alma en alas de la fe, se eleve sobre sí y sobre todas las cosas creadas y que se una á Dios con el entendimiento, con el afecto y con el amor, y así unida, que le alabe y le adore, que le dé gracias por sus mercedes, que le pida nuevos beneficios, ó que le mire y contemple sus divinas perfecciones.

Todas estas cosas constituyen diversas formas de orar, pero siempre la oración será, como dijo Fray Luis de Granada (Libro III de *Orat.*, cap. I), «la estancia del alma en la presencia de Dios, y la estancia de Dios en la presencia del alma; El mirándola á ella con los ojos de su misericordia, y ella mirándole á El con los ojos de la humildad»; El colmándola de beneficios, ella recibíendolos á manos llenas; El enseñándola con suave, dulce y amoroso acento, y ella oyendo su celestial doctrina y experimentando las inefables efusiones de su amor; El encendiendo á ella con las llamas de su dilección sagrada, ella encendida tornándole alabanzas, adoración y agradecimiento; El la unge y sublima con sus gracias celestiales, y ella unguida y sublimada en el espíritu le contempla gozosa, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando descansa, y en este descanso encuentra las mayores delicias que es posible en este valle de miserias. ¿Qué más puede decirse en obsequio de la oración?

Esta es, carísimos hermanos, la oración de los fieles de Cristo, oración que muchos desconocen, que no pocos la olvidan y que las gentes impías la combaten y desprecian. Necesario es que, á lo

(1) Elevatio mentis ad Deum. (S. Damasc., lib. III de *Fide*.)

menos nosotros, comprendamos y saboreemos aquellas hermosísimas palabras del gran Maestro de espíritu, Fray Luis de Granada; dice así: «La oración es el alimento del alma, las delicias y el abrazo de Dios, el ósculo de paz entre el Criador y la criatura, el sábado espiritual en el cual Dios dulcemente descansa... La oración es el ejercicio cotidiano de muchas virtudes, la mortificación de los apetitos sensuales, la fuente de los buenos propósitos y deseos... La oración es medicina para los enfermos, gozo para los afligidos, fortaleza para los débiles, remedio para los pecadores, regocijo para los justos, auxilio para los vivos, sufragio para los muertos, y subsidio común para toda la Iglesia. La oración es la puerta real por donde se entra al corazón de Jesús, maná que contiene en sí toda dulzura, escala de Jacob, por la cual suben los ángeles llevando al Señor nuestras súplicas, y bajan trayéndonos sus gracias y celestiales consuelos.» (Lib. III de *Orat.*, cap. I.)

¡Qué hermosa es la oración, amados míos, si nosotros supiéramos comprenderla y practicarla bien! Esta es la virtud origen de multitud de virtudes que el Príncipe de los Apóstoles nos recomienda en este día, cuando dice en la Epístola: «*Hermanos; estad todos unánimes en la oración.*»—*Omnes unanimes in oratione estote.* (Verso 8.)

Fijémonos bien en esta frase divina. No expresa el Apóstol la forma en que hemos de hacer nuestras oraciones, pero tampoco es necesario, pues ya sabemos que *elevando el alma á Dios*, como exige la esencia de la oración, nos vemos impelidos á *alabarle*, á *darle gracias* y á *pedirle beneficios*, que son los tres actos principales del alma que ora bien.

Elevando la mente á Dios no podemos menos de comprender algunas de sus infinitas perfecciones, y por consecuencia, la lengua se nos va á alabarle y á bendecirle, á imitación de aquellos encendidos Serafines que clamaban sin cesar: «*Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.*» (Isai., VI, 3.)

Elevando la mente á Dios y contemplándole tan infinitamente hermoso recibiendo los eternos loores de la gloria, no es posible de- jar de sentir regocijo en el corazón, ni dejar de asociarse al inmenso coro de los bienaventurados del cielo, exclamando con ellos: «*Alleluja; porque reinó el Señor Dios nuestro, el Todopoderoso; gocémonos, y alegrémonos y demosle gloria* (1).»

(1) Gaudemus, et exultemus, et demus gloriam ei. (Apocal., XIX, 6-7.)

Elevando la mente á Dios y mirándole en aquel excelso trono que en espíritu vió San Juan, es imposible no caer postrados ante su presencia soberana adorándole y cantando gozosos con aquellos veinticuatro ancianos, quienes arrojando sus coronas delante del trono, decían: «*Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y virtud; porque tú has criado todas las cosas, y por tu voluntad eran y fueron criadas.*» (Apocal., IV, 10-11.)

Es más; elevando la mente á Dios, no se satisface el alma con todo lo dicho, sino que, siguiendo el ejemplo de los tres jóvenes caldeos dentro del horno encendido, invita á todas las criaturas para que alaben y bendigan á nuestro Dios, diciendo: «*Benedicid todas las obras del Señor al Señor... alabadle y ensalzadle por los siglos de los siglos.*»—*Benedicite omnia opera Domini, Domine: laudate, et superexaltate Eum in saecula.*» (Dan., III, 57.)

De igual manera, elevando la mente á Dios y considerando los inmensos y continuos beneficios que hemos recibido y que recibimos cada día de su mano poderosa, el corazón y el alma se van tras El, sin que haya medio para contener la lengua y cesar de darle gracias y de bendecirle, á semejanza de dichos veinticuatro ancianos, y de los ángeles del cielo, cuando todos dejaron caer ante el trono sus rostros, y adorando al Señor dijeron: «*La bendición, y la gloria, y la sabiduría, y la acción de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza al Señor Dios nuestro en los siglos de los siglos. Amén.*» (Apocal., VII, 11-12.)

Además de esto, elevando la mente á Dios, viéndole tan rico en misericordias y oyendo su acento amoroso que con afecto paternal nos dice: «*Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá (1)*», se excita en nuestro corazón el deseo de pedirle mercedes, de implorar sus gracias, para nosotros y para nuestros prójimos, y brotan de nuestros labios aquellas continuas plegarias, que constituyen nuestro tesoro, nuestra dicha y nuestra omnipotencia universal, pues nadie ignora que la oración bien hecha es una *omnipotencia suplicante*.

Por último, elevando la mente á Dios, no sólo somos llevados á meditar sus divinas perfecciones y sus misterios adorables, con grande provecho de nuestras almas, sino que á veces nuestro espíritu asombrado y como arrebatado por la refulgencia deslumbradora de dichas infinitas perfecciones, queda como absorto en Dios,

(1) Petite, et accipietis: quaerite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis. (Luc., XI, 9.)

sin discurrir con el entendimiento, pero contemplando con suavidad de espíritu su esencia inefable, en conformidad con aquellas palabras de David: «*Gustad y ved, cuán suave es el Señor.*»—*Gustate et videte, quoniam suavis est Dominus.* (Psal. XXXIII, 3.)

Tal es, carísimos hermanos, la oración que la Iglesia nuestra Madre nos encomienda en la presente Dominica. Ya veis su importancia, su excelencia y sus admirables efectos, y por lo mismo, no puedo menos de advertiros con el Santo Evangelio: «*Velad, hermanos, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de evitar todas estas cosas que han de ser (esto es, los terrores del juicio de Dios), y de estar en pie delante del Hijo del hombre.*» (Luc., XXI, 36.)

Mas, ¿basta por ventura hacer oración?—No; porque además es preciso hacerla con las condiciones debidas, y esto es lo que quiero indicaros ahora antes de poner término á esta breve plática.

## PUNTO 2.º

### CONDICIONES DE LA BUENA ORACIÓN

Ante todo es menester preparar bien el alma para orar, según aquella advertencia del Espíritu Santo: «*Cuando vayas á la oración prepara antes tu alma y no seas como el hombre que tienta á Dios (1).*» Y es tan necesaria dicha preparación, que de ordinario pende de ella el buen éxito de nuestros ruegos, como hizo notar David por estas palabras: «*¡Ah, Señor! Tu oído oye la preparación de nuestros corazones (2)*»; y el glorioso San Bernardo lo dió bien á entender cuando dijo: «*Según os preparéis para la oración, Dios se os comunicará más ó menos. Como Dios os encuentre, así le encontraréis; porque el que es santo, estará con el que sea santo, y el inocente, con el que sea inocente.*» (Serm. in Cant.)

Es, pues, necesario prepararse para orar, y esta preparación es de dos maneras: una *remota* y otra *próxima*. La remota consiste: primero, en *llevar un ardiente deseo de orar*, pues, como dijo David: «*El Señor oye los deseos de los pobres (3).*» En segundo lugar, consiste en dejar á un lado las ocupaciones extrañas y los afectos desordenados, como aconseja el Kempis por estas palabras:

(1) Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum. (Eccles., XVIII, 2.)

(2) Praeparationem cordis ejus audivit auris tua. (Psal. X, 17.)

(3) Desiderium pauperum exaudivit Dominus. (Psal. X, 17.)

«Sé puro y libre interiormente, sin ocupación de criatura alguna. Te conviene estar desnudo de todo afecto, y tener para con Dios un corazón puro, si quieres descansar y ver cuán suave es el Señor.» (Lib. II, cap. VIII, núm. 5.) Ultimamente, consiste la referida preparación en ser amigo de Dios, ó sea en estar en gracia, á lo menos con un acto de verdadera contrición; porque siendo la oración un coloquio ó conversación del alma con Dios, es preciso que el alma no sea su enemiga por el pecado mortal. La oración supone cierta unión del alma con Dios, pero, ¿cómo se ha de unir Dios con un alma llena de pecado?

Mas dejando esto aparte, porque es cosa muy sabida, vengamos á la preparación *próxima*, que nunca debe descuidarse; consiste en tres cosas: primera, en considerar que nos hallamos en la presencia de Dios, que hablamos con El, que nos está mirando y que penetra hasta lo íntimo de nuestro corazón; verdad fundamental que la Iglesia nuestra Madre nos recuerda en el himno de Laudes de la feria quinta, para que todos oremos con devoción (1).

La segunda cosa es pedir al Señor que ilumine nuestro entendimiento y mueva nuestro corazón con el influjo de su divina gracia, á ejemplo de la misma Iglesia, que comienza todas y cada una de las horas canónicas, diciendo: «*Deus in adiutorium meum intende...*» Dios mío, venid en mi ayuda.

Y la tercera diligencia es formar un firme propósito de evitar en lo posible las distracciones de la mente; diciendo á los pensamientos importunos, como Jesús á sus discípulos en el Huerto de las Olivas: «*Quedaos aquí, mientras yo me retiro allí para hacer oración.*»—*Sedete hic, donec vadam illuc, et orem.* (Matth., XXVI, 26.)

A esto se reduce, carísimos hermanos, la preparación *próxima*, y una vez hecha, no hay más que rogar á Dios con *fe, confianza, humildad, fervor y perseverancia*.

Con *fe*, esto es, creyendo que cuando Jesús nos dijo: «*Pedid y recibiréis*» (*Petite, et accipietis.*—Matth., VII, 7.), es porque quiere darnos, y que jamás faltará á su palabra. «El fundamento de la oración—dijo San Agustín—es la fe; creamos—añade—para poder orar; y oremos para que nunca nos falte la fe que nos impulsa á orar. La fe inspira la oración, y la oración alcanza la firmeza de la fe (2).»

(1) Speculator adstat desuper, etc.

(2) Orationis fundamentum est fides; ergo, ut oremus, credamus; et ut ipsa non deficiat fides, qua oramus, oremus. Fides fundit orationem; fusa oratio fidei impetrat firmitatem. (S. Agust., Tract. XXXVI, de verbis Domini secundum Luc.)

Pero de la fe surge la *confianza*, y esta es la segunda condición, porque Jesucristo, Verdad infalible, que no puede engañarnos, ha dicho: «*Todo cuanto pidieréis con fe, creed que lo alcanzaréis* (1).» Podrá suceder que Dios no conceda al momento lo que pedimos, pero crezca la confianza y lo conseguiremos. Dios sabe cuándo conviene concederlo, y, como dijo el profeta Habacuc, *si tarda, no desmayes, espera confiado, que ya vendrá y no tardará* (2). Y en verdad que quien flaquea en la confianza no merece ser oído; porque es cosa sabida que la confianza y la fe son como las dos alas con las cuales la oración vuela hasta el trono de Dios y alcanza cuanto quiere.

Y ya se comprende que la oración ha de ser *humilde*, porque así como el Señor resiste á los soberbios, así también da su gracia á los humildes, y escrito está que Dios jamás rechaza á un corazón contrito y humillado, y que la oración del hombre que se humilla, penetrará hasta el cielo y no se apartará del Altísimo hasta que Este le mire (3).

Innumerables textos sagrados pudiéramos aducir en confirmación de esta verdad; mas bastan los dichos y el considerar que la misma esencia de la oración está reclamando la humildad. Cuando oramos y pedimos mercedes á Dios reconocemos nuestras miserias y necesidades, las cuales no son ciertamente para enorgullecernos, y así siempre que oremos hemos de imitar á los pobres mendigos. ¿No véis cómo se humillan, se descubren la cabeza, se sostienen en su báculo y aguardan á la puerta pacientes y resignados? Pues este ha de ser nuestro modelo, porque todos somos mendigos de Dios y le hemos de pedir con profunda humildad.

Por último, la cuarta condición de nuestras oraciones ha de ser *la perseverancia*. Preciso nos es orar con frecuencia y perseverar toda la vida en este santo ejercicio; pues aunque el Señor nos ha prometido oírnos, no ha dicho que nos ha de conceder lo que le pidamos instantáneamente, sino que se reserva hacerlo en tiempo oportuno, cuando y como mejor nos convenga.

El mismo Jesucristo se dignó servirnos de ejemplo. Leemos en su santo Evangelio, que perseveraba noches enteras en la oración

(1) Omnia quaecumque petieritis credentes, accipietis. (Matth., XXI, 22.)

(2) Si moram fecerit, exspecta illum, quia veniens veniet, et non tardabit. (Habacuc, II, 3.)

(3) Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam. (Jacob, IV, 6.)—Cor contritum et humiliatum Deus, non despiciet. (Psalm. L, 18.)—Oratio humiliantis se nubis penetrabit, et non discedet donec aspiciat Altissimus. (Eccles., XXXV, 21.)

(*Pernoctans in oratione Dei.*—Luc., VI, 12); y cuando en el Huerto de las Olivas oró tres veces, únicamente en la última descendió el ángel del cielo para confortarle. ¡Y nosotros queremos ser oídos al punto que lo solicitamos! Tengamos, pues, presente que Dios, como hizo notar San Gregorio, «quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido con cierta importunidad (1)»; que por algo está escrito: «*El reino de los cielos padece fuerza y le arrebatan los que se violentan* (2).»

Tal es, en resumen, la naturaleza y excelencia de la oración, y tal la preparación y las condiciones con que debe hacerse; y como es asunto de tanta importancia en la vida espiritual, bueno será que llevemos siempre en la memoria la Epístola de este día, y que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas expresiones de San Pedro: «*Hermanos, estad todos unánimes en la oración, complacientes, amadores de la hermandad, misericordiosos y humildes*»; pues haciéndolo de esta manera, el Señor Dios nuestro, que desea llevarnos al cielo, nos dará su gracia copiosa en esta vida y después la gloria en la otra. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo V después de Pentecostés.

#### Compendio de la santidad.

**H**ERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la presente Dominica es un tratado completo de santidad y de perfección cristianas. En los primeros versículos comienza ya exhortándonos á que tengamos todos un mismo corazón, y á que seamos compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos y humildes, no volviendo nunca mal por mal, ni maldición por maldición, sino,

(1) Vult Deus rogari; vult cogi; vult quadam importunitate vinci. (S. Gregor., in Psalm. VI.)

(2) Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (Matth., XI, 12.)

por el contrario, bendiciendo á todos... y después pasa á darnos las razones en que se funda, diciendo de esta manera:

«*Porque el que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo malo, y custodie bien sus labios para que en ellos no haya engaño. Apártese del mal, y haga bien, busque la paz y vaya en pos de ella; porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en los ruegos de ellos; mas el rostro del mismo Señor está sobre los que hacen mal. ¿Quién podrá dañaros, si abrazaís el bien? Si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados. Por tanto, no temáis (á vuestros enemigos), y no seáis turbados, sino santificad en vuestros corazones á Cristo nuestro Señor.*» (I Petr., III, 10 á 15.)

Confieso, amados míos, que al ver tanta y tan sublime doctrina encerrada en las cortisimas frases de esta Epístola, no sé qué decir ni cómo comenzar. Todo es magnífico y grandioso, todo importante y necesario, y por lo mismo, me ceñiré sólo á brevísimas indicaciones sobre los dos puntos siguientes:

- 1.º Necesidad de reprimir la lengua.
- 2.º El modo de obtener la paz cristiana.

#### PUNTO 1.º

##### DE CUÁNTO IMPORTA REFRENAR LA LENGUA

«*La vida y la muerte*—dice el Espíritu Santo en los Proverbios—*penden de la lengua* (1); es decir, de la lengua en cuanto es instrumento de la locución humana, porque «*con ella bendecimos á Dios Padre, y con ella maldecimos á los hombres, que son hechos á semejanza del mismo Dios.*» (Jacob., III 9.) En el primer caso la lengua nos da la vida del alma; en el segundo, nos causa la muerte espiritual del alma misma; y por eso, sin duda, el santo Rey David dijo: «*Lo he resuelto: guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua* (2).» Hermosa resolución que el Príncipe de los Apóstoles trata de inculcar á los fieles cristianos, diciendo en la Epístola de este día: «*El que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo malo y custodie sus labios para que en ellos no haya engaño.*» (Verso 10.)

(1) Mors et vita in manu linguae. (Prov., XXVIII, 21.)

(2) Dixi: Custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. (Psalm. XXXVIII, 2.)